

El regreso de la sombra

Por Ash Nazg

La sombra del monte Mindolluin se aproximaba lentamente hasta la ventana, siguiendo el camino que aquella proyectada por la torre de Ecthelion había transitado hacía sólo unos minutos. La mujer que contemplaba aquel juego de luces y sombras sin que en su semblante se reflejase atisbo alguno de prisa sabía que esto sólo podía significar una cosa: el día declinaba dejando su lugar a una noche que traería consigo la partida de los sofocos que el calor de la tarde le provocaba. No llevaba bien ese tiempo veraniego que parecía empeñado en permanecer allí hasta bien entrado el invierno, sin dejar su lugar a un otoño que llamaba ya a las puertas de Minas Tirith.

—Madre, ¿puedo hablar contigo?

Pese a tratarse de una voz que tan bien conocía, fue lo inesperado de su incursión en aquel momento de soledad lo que llevó a la mujer a sobresaltarse. Mientras se giraba para dar el rostro a su hijo, no pudo evitar pensar que, en determinadas circunstancias, incluso quienes nos son más queridos pueden llegar a provocarnos un atisbo de inquietud.

Si bien hacía tiempo que había dejado de ser el chiquillo que jugaba a los pies de la vieja hostería junto a los demás niños, ella siempre lo vería como tal. Se negaba a creer que su pequeño se había convertido en un hombre al que muchos seguirían a la muerte en el campo de batalla. Había elegido el camino del acero, el más habitual en los de su linaje, como su padre antes que él.

—Dime Varathorn, ¿de qué podría servir una vieja madre como yo si no tuviese un momento para dedicar a su hijo? Eso sí, en otra ocasión, y aunque la puerta se

encuentre abierta como es el caso, te pido que me avises de tu presencia con un sutil golpe de nudillos contra la madera. Sé que no te ha de costar mucho, pero le harás un favor a quien, como yo, se le pasan las horas mirando el horizonte.

Varathorn sonrió al comprender que la palidez que había creído apreciar en ella no había sido un dislate de sus sentidos, sino que había sido él quien lo había provocado con su impetuoso modo de entrar en sus aposentos. De no haber estado cargado de tal seriedad el motivo de su presencia allí, sin duda habría dedicado unos minutos a comentar lo ocurrido.

—Quería hablarte de padre. Sé que también tú te has fijado en el extraño modo en que se comporta, sobre todo en los últimos tiempos. Tú mejor que yo sabes que siempre ha sido un hombre lleno de vida, aún a sus años, que convendrás conmigo en que comienzan a ser largos incluso para la estirpe de aquellos cuyas venas son recorridas por la sangre de Númenor.

—Quizás se trate de eso precisamente, ¿no lo has pensado? Tal vez esos años comienzan a pesar sobre sus viejas espaldas. —Varathorn tuvo la extraña impresión de que su madre trataba de justificarlo de un modo poco convincente—. Los que aún sois jóvenes no deberíais perder el tiempo preocupándoos por lo que hagan o dejen de hacer quienes sólo esperan ya ser llamados a las Estancias de Mandos.

—Está bien, madre, como prefieras, pero no creo que sea este un día en el que debamos hablar del final de una vida, sino del comienzo de otra. ¿Acaso no te parece ese un mejor tema de conversación?

—No sé de qué me quieres hablar ahora, hijo mío. Te pido por favor que no te andes por las ramas, pues no estoy ya para entretenerme descifrando acertijos. Mi

cabeza hace tiempo que perdió la lucidez de antaño, y para poco sirve aparte de cultivar canas.

—Mi esposa, Finweril, me dio hoy la buena nueva. Te vamos a hacer abuela.

La montaña se había interpuesto de forma definitiva entre el sol y la ventana, de modo que las sombras que se apoderaron de la sala se convirtieron en el reflejo del pesar que cayó sobre la mujer al conocer tan inesperada noticia.

—¿Acaso no te alegra el próximo nacimiento de tu nieto? —preguntó Varathorn sin terminar de comprender la actitud mostrada por su madre, que parecía más asustada ahora que tras su aparición no anunciada.

—¡No, hijo, no se trata de eso! Perdóname, disculpa si te he dado la impresión de que saber de tu dicha no llena mi corazón de gozo, ¿cómo no? Es sólo que... pensaba que después de lo que ocurrió, tu esposa no podría...

—¡Y se hacen llamar sabios! Ahora yo me río en sus caras. Sí, cierto es que afirmaron que tras malograrse el nacimiento de nuestro primer hijo, Finweril jamás podría dar a luz, ¡pero estaban equivocados, ahora lo sé! Nuestra plegarias fueron escuchadas por lo valar. ¡Alégrate madre, porque ese niño será el encargado de que la sangre de nuestra familia no se extinga como muchos vaticinaron!

La mujer se volvió hacia la ventana a tiempo de evitar que las lágrimas que corrían por sus mejillas pudiesen ser vistas por quien ella más quería. Habría deseado que fuesen lágrimas de felicidad, pero era del más profundo pesar de lo que se nutrían.

—Ahora discúlpame si parto a la carrera, pero deseo hablar con padre cuanto antes. Quizás de ese modo pueda mitigar el mal que lo aqueja.

La vieja mujer hubo de refrenar su impulso de detenerlo, aferrando el alféizar de la ventana con firmeza para contenerse. Lo que durante tanto tiempo había temido se

encontraba frente a ella, pero no estaba segura de tener la fuerza de voluntad que se requería para afrontarlo. De nuevo sola en la habitación, su vacío se había tornado en opresivo, como si la nada se hubiese nutrido de su pesar para asfixiarla. Tan sólo en el aire que entraba a través del ventanal pudo hallar un poco de consuelo.

En esta ocasión, Varathorn tuvo la precaución de llamar a la puerta antes de acceder al interior de las estancias de su padre. El silencio no se quebró con invitación alguna a traspasar el umbral de la puerta, de modo que el visitante la abrió sin aguardar más, cediendo aquella frente a su voluntad de superar la barrera que representaba.

En el extremo opuesto de la habitación, asomado a una balconada, un hombre ya anciano oteaba el horizonte más allá de la oscuridad que inundaba aquel espacio desprovisto de cualquier signo de ostentación. Varathorn dudó un instante antes de dar un primer paso, preguntándose si no debería anunciar su presencia, aunque los golpes sobre la puerta bien podrían considerarse como una muestra de su intención de pasar.

—¿Padre? Soy yo, Varathorn.

El aludido no mostró ningún tipo de reacción, ya fuese en el sentido de permitir el paso, o en el contrario. Permanecía ensimismado en la observación de lo que había más allá de la ciudad. Se diría que eran los campos de Pelennor los que de ese modo habían atrapado su atención, pero sus ojos estaban clavados en la cadena montañosa que se elevaba ocultando a la vista la oscura tierra de Mordor, amenaza siempre a la vista de los habitantes de la ciudad blanca.

—¿Te encuentras bien? Espero que sea así, y de no serlo, creo que lo que tengo que decirte puede ayudar en la tarea de aliviar cualquier mal que pueda aquejarte. —Silencio—. Está bien, continuaré hablando si no me dices lo contrario, aunque no te negaré que hubiese preferido... —El silencio continuaba—. Finweril va a darme un hijo.

Pasó un tiempo antes de que fuese perceptible algún tipo de reacción en el hombre que miraba hacia el exterior, dando la espalda al portador de tan inesperada noticia.

—¿Es cierto eso que dices? —dijo el anciano rompiendo su mutismo, dejando que su ronca voz retumbase entre aquellas paredes.

—Tan cierto como que yo soy Varathorn, hijo de Meladorn, de la sangre de los hombres del oeste.

—Pero... eso... dijeron que no era posible.

El hombre de avanzada edad, como atestiguaba su barba del color de la nieve, enfrentó su mirada a la del recién llegado con el fin de atisbar cualquier rastro de falsedad que pudiera haber en sus ojos, pero no descubrió allí lo que buscaba. Tan sólo encontró la sonrisa de un padre primerizo al que le habían negado la posibilidad de serlo, y ahora no cabía en sí de gozo.

—Así pues, el mal se abre camino.

La sonrisa desapareció de los labios del más joven de los dos hombres presentes en la estancia, que aún dudaba haber oído aquellas palabras provenientes de alguien que debería mostrarse exultante en aquellos momentos, y sin embargo se mostraba taciturno y apesadumbrado.

—¿Mal? ¿Qué mal puede haber en que mi sangre se perpetúe, en que traiga a este mundo una criatura que habrá de llenar mi vida de felicidad plena? ¿Qué mal crees descubrir en el hecho de que todos esos curanderos estuviesen equivocados? ¿En que nuestra herencia no se pierda en el humo del olvido?

—Siempre consideré que lo que le sucedió a tu esposa fue una bendición.

Varathorn no podía dar crédito a lo que oía proveniente de su padre. En aquel momento llegó a dudar que realmente lo fuese. ¿Cómo podía decir algo tan monstruoso? Prefirió pensar que se había vuelto senil, y dio gracias a que no fuese otro hombre quien se atreviese a decir semejante desatino, pues de otro modo habría tenido que hundir una daga en su pecho.

—No, hijo, no me mires así —siguió hablando el anciano—. Puedo entender que, dicho así, puede resultar incomprensible. Sólo te pido que no me juzgues antes de conocer toda la verdad, la misma que he mantenido alejada de ti desde el mismo día de tu nacimiento con el único fin de protegerte de tu destino, que ahora, será el de tu hijo.

—Te escucharé tan sólo por el respeto que te tengo, y que has sabido ganarte a través de largos años, pero aún así te pido que cuides tu lengua y no digas nada de lo que te puedas arrepentir.

Varathorn estaba fuera de sí y necesitó buscar el apoyo de una silla para sostenerse, pues la habitación entera giraba en torno a él. Quizás el estado de su padre era peor de lo que él había imaginado y lo había dejado pasar demasiado tiempo. Quizás ya no tenía remedio, ni siquiera acudiendo a las casas de curación situadas más arriba, en el sexto círculo de la ciudad.

—Por muy duro que pueda parecer —comenzó a decir Meladorn—, siempre agradecí que mi estirpe fuese a extinguirse contigo, que tú estuvieras destinado a ser el último que cargaría con la pesada carga que los hados del destino habían dejado caer sobre nuestra familia como una mácula imposible de limpiar. Sin embargo, tus palabras me han hecho saber que estaba equivocado, que nuestro infortunio no terminará con nosotros dos, que nos sobrevivirá y seguirá manchando a nuestros descendientes hasta que los días del sol y la luna se extingan, y quizás más allá.

—No sé de qué me hablas, padre. No sé de ningún mal que nos aqueje.

—Y es así porque nunca te lo dije; simplemente, no lo consideré necesario. ¿Para qué? ¿De qué podía servir que te lo revelase, si tú no tendrías a quién transmitírselo? Pero ahora la cosa es diferente, pues dentro de muy poco habrá alguien más con nosotros, un nuevo miembro de nuestra familia que nacerá bajo el influjo de tan amarga maldición.

—¿De qué maldición estás hablando? No conozco de ninguna que guarde relación con nuestra familia, y no creo que hubieras podido ocultarme algo así.

Meladorn tomó asiento frente a su hijo, pues la historia que habría de seguir sería larga y penosa. Todo comenzaba admitiendo su verdadero origen, que lejos de estar emparentado con los dúnedain que lucharon contra los sirvientes del mal por interminables años, provenía de los renegados que dejaron atrás la malograda Númenor antes de ser engullida por las aguas, para asentarse en los puertos de Úmbar, donde abrazaron la oscuridad para ser conocidos como numenóreanos negros.

Sus antepasados se encontraron entre aquellos que cayeron derrotados por el rey Hyarmendacil I hacía ahora mil años, siendo hechos cautivos. Durante los largos años que permanecieron alejados de la vileza que había emponzoñado sus almas llegaron a comprender la gran mentira en que habían vivido, y el modo en que el enemigo oscuro había pervertido sus mentes hasta volverlos contra los que eran sus hermanos. Fue preciso que transcurriesen varias generaciones antes de reintegrarse entre sus iguales, volviendo a conocer la libertad, y llegando casi a olvidar las sombras de las que provenían.

La familia se instaló en la floreciente ciudad de Minas Ithil, situada a los pies de las Ephel Dúath, en un tiempo en que Minas Tirith aún era conocida con su anterior

nombre, Minas Anor. Allí hubieron de pasar por duros trances, como la epidemia de peste que asoló la ciudad, haciendo que quedase prácticamente abandonada. Pocos fueron los que decidieron permanecer en ella, decididos a devolverle su antiguo esplendor, y entre ellos se encontraba Varanir, bisabuelo de Meladorn, que convencido de haber encontrado el lugar donde poder olvidar los pesares del pasado, se resistía a ver cómo todo cuanto habían creado se venía abajo.

Sin embargo, la epidemia fue sólo el preámbulo de algo peor, pues sólo cuatro años después de que tuviese lugar, y casi sin tiempo a restañar las heridas, Varanir fue aquejado por un mal de origen desconocido. Durante las noches, pesadillas en las que la desesperación se apropiaba de él le imposibilitaba el descanso, y pasaba los días con una angustia de la que desconocía su origen. Incapaz de ponerle remedio, ni siquiera acudiendo a los mismos sanadores que habían sido capaces de luchar contra la pasada epidemia, recurrió a un sabio que venía precedido por una oscura reputación, pues de él se decía que en ocasiones llegaba a traspasar la línea que separa la luz de la sombra.

Aquel hombre le habló de ocho seres que portaban consigo su propia condena, fruto de las decisiones que sus ansias de poder en un pasado ya lejano les había llevado a tomar. Espíritus impíos que en otra época habían sido hombres como ellos, y que se habían convertido en los más fieles lacayos de un mal que se había creído derrotar hacía muchas generaciones.

Los ocho habían regresado de las tierras del este, pero no era ese su número, sino nueve, pues el capitán de todos ellos, el mayor en poder y maldad, reinaba desde hacía más de trescientos años en el lejano reino de Angmar. Era su vuelta al oeste lo que había hecho aflorar el mal que aquejaba a Varanir, que la distancia había permitido permanecer latente por generaciones.

Varanir no podía entender el por qué de aquella relación entre esos seres impuros y él, pero fue entonces cuando tuvo lugar la mayor revelación, al conocer por boca de aquel enigmático erudito que tres de aquellos espectros habían sido en otro tiempo descendientes de los hombres de Númenor. Varanir sabía bien del oscuro pasado de su familia, que les había llevado a combatir a los hombres de Gondor, pero nada le había preparado para oír que uno de aquellos tres numenóreanos era su antepasado, un gran señor en su tiempo.

La vileza de los actos cometidos por aquel ser, que hacía tiempo había dejado a un lado el hueso y la carne que los cubría, para convertirse en una nada envuelta en ropajes negros, era tal que había mancillado por siempre la sangre de sus descendientes. Tan sólo su lejanía había mantenido aletargada la maldición que los envolvía, pero con su regreso había despertado una calamidad que sólo quien la padecía podía llegar a comprender.

Los hombres que compartieran aquella sangre se despertarían en mitad de la noche con sudores fríos recorriendo su espalda, experimentarían pavorosas visiones y horriblos despertares, y no conocerían la paz de espíritu hasta que aquel ser dejase de existir, lo cual, en palabras del sabio no habría de suceder hasta pasados mil años, y muchos más.

—¿Y por qué motivo no me has revelado este secreto antes, padre? ¿Por qué ahora? No entiendo qué razón puede haberte llevado a actuar de semejante modo.

Varathorn había oído suficiente. Ahora necesitaba respuestas a las dudas que le aquejaban.

—Siempre ha sido así en nuestra familia. Un padre no ha hecho partícipe a su hijo de la verdad hasta que aquel no ha sido padre a su vez. Es a través del cabeza de

familia como esta maldición se extiende, y hasta que mis días no terminen no comenzarás a sufrir tú las consecuencias. Mi padre me lo dijo a mí cuando nació tu hermano, Ártemir. Recuerdo bien mi reacción, pues fue muy similar a la tuya. Es una historia difícil de creer sin contar con pruebas que la respalden, pero fue con el fallecimiento de mi padre, tu abuelo, cuando tuve la seguridad de que no mentía.

—¿Y cómo es ese mal? ¿Es como en el relato? ¿Cómo son esas pesadillas?

—No tengas tanta prisa en descubrirlo, pues tu turno llegará, y si nada lo remedia, me temo que no tardará mucho, pues siento cómo las fuerzas comienzan a abandonarme. En cierto modo fue el miedo a que, pese a todo, el mal se trasladase a ti a mi muerte lo que me daba fuerzas para seguir adelante. Mientras fuese yo quien llevase esa carga prolongaría mi suplicio, pero a la par conseguiría alejar un desenlace que me llenaba de temor. Ahora sin embargo, todos los hechos se ponen en mi contra: por un lado, el nacimiento del que será mi nieto, lo cual no puedo ver con alegría muy a mi pesar, y por otro...

—¿Qué ocurre? ¿Qué puede ser eso otro que te perturba? Hace tiempo que vengo observándote y te he visto ensimismado, como si anduvieses perdido. ¿Puede esto guardar algún tipo de relación con eso de lo que hablas?

Meladorn dirigió una sombría mirada hacia el balcón en el que había pasado largas horas durante los últimos meses, antes de contestar:

—Él está cerca.

—¿Te refieres a...?

—Desde su regreso del este se había establecido en algún lugar cercano al bosque verde. Bastaron las historias que de allí llegaban en relación al mal que había comenzado a difundirse por la región, y mis propias sensaciones, para saber que era así.

Sí, tuve visiones de esa criatura, que acompañada de sus iguales moraba en una fortaleza al sur de la masa boscosa, pervirtiéndola con sus malas artes. Pude oír noticias que llegaban de lejos, de elfos que pasaron por las estancias del rey Thranduil, y las lúgubres historias que contaban.

—¿Pero cómo puedes estar seguro de que ha dejado aquel lugar? —preguntó el hijo, cuyo descreimiento aún no había desaparecido por completo, pese a ser testigo de excepción de los cambios experimentados por el hombre sentado frente a él, que parecía haber envejecido cien años en el transcurso de una sola estación.

—Los ocho han acudido hasta Minas Morgul y se han reunido con su líder, el mismo ser que sitió la ciudad el año que tú naciste, cuando aún era conocida como Minas Ithil. Su poder era mayor, sin duda, pero no ejercía sobre mí el influjo que ese otro miembro de su hermandad causa, incluso desde la distancia. Tú eras demasiado pequeño para recordarlo, pues fue tras dos años de hostigamiento inmisericorde cuando hubimos de abandonar la ciudad entregándola por siempre en tan viles manos.

—No, no recuerdo nada de aquel entonces. Todos mis recuerdos pertenecen a este lugar, Minas Tirith, aunque me gustaba escuchar a Ártémir contándome las maravillas de aquel lugar; me hablaba del camino que, pasando sobre un puente de piedra blanca llegaba hasta Osgiliath; de los hombres que hacían guardia en lo alto de la torre; y del mármol que cubría las casas, pareciendo que acababa de nevar por la blancura de sus paredes.

—Sí, así era, pero todo eso se perdió en el olvido.

—Por eso mi hermano acudió hasta aquellos muros para reclamar la plaza, guiado por el rey Earnur. ¿Por qué no me permitiste marchar junto a él, padre? ¿Por qué me negaste la posibilidad de luchar por aquello que no conocí?

Varathorn no había olvidado el modo en que su padre se había opuesto a tal posibilidad, de un modo que, incluso después de los trece años transcurridos, aún no había llegado a comprender. Meladorn se levantó de la silla, y por un momento recuperó el coraje del que los años parecían haberle privado:

—¡Sí, podría haberte dejado marchar a la cabeza de aquel ejército como otro estúpido heraldo de Gondor, y ahora contaría con dos hijos muertos!

—¡No, padre, Varanir y yo habríamos luchado espalda contra espalda! Cada uno habría cuidado del otro, y estoy seguro de que...

—Esas criaturas no juegan limpio, olvídale. La hechicería forma parte de sus armas, y su sola visión basta para aterrorizar al más valeroso de los guerreros. Créeme, Varathorn, de haberte dejado marchar junto a aquel ejército tu carne habría servido de succulento banquete para unos orcos pestilentes. No me arrepiento de haber tomado aquella decisión... y lo volvería a hacer. Quizás todo estaba predestinado para que ocurriese de este modo. Ellos regresan a Minas Morgul, llega un nuevo miembro de nuestra familia... todo está relacionado, de algún modo. Ahora lo sé.

Meladorn sentía que una vieja herida se había reabierto, y la impotencia lo consumía al saber que no había nada que él pudiese hacer para impedirlo, pues no estaba en su mano poner fin a aquel mal. El conocimiento de la perpetuación de su estirpe, inesperada por completo, había echado más leña al fuego, y el anciano sentía cómo la vida lo abandonaba lentamente, incapaz de soportar por más tiempo una carga que lo había acompañado por cerca de un siglo. Sabedor de que sus días estaban contados, se encargó de dejar zanjados todos sus asuntos, despidiéndose de los suyos, que se negaban a creer en sus palabras cuando auguraba su próxima partida.

La primera noche que Varathorn no pudo conciliar el sueño, aquejado por el asalto de terribles imágenes que hablaban de caos y destrucción, supo que algo había ocurrido. Se aprestó a entrar en los aposentos de su padre y tal como había temido, lo halló tumbado en su lecho, sin vida. Su rostro transmitía una paz que su rictus no había mostrado en muchos años, señal de que sólo ahora, tras abandonar el mundo de los vivos, había sido capaz de liberarse de unas visiones maléficas que, sin embargo, habían comenzado a atormentar a su vástago.

Hasta el amanecer de aquella fría mañana, Varathorn había seguido teniendo dudas acerca de la veracidad que pudiera subyacer en las palabras de su padre, no porque estuviese en su voluntad el mentir, sino porque los años podían haberle conducido a tener una visión distorsionada de la realidad. Ahora sabía que no había sido justo con él, y que todo cuanto le dijo era cierto. No podía evitar preguntarse si, llegado el momento, su propio hijo dudaría de sus palabras, poniendo en entredicho una historia difícil de asimilar. Dio por hecho que era esa otra parte de la maldición, el hecho de ser tomado por un demente, alguien que ha perdido la perspectiva, y se resignó a asumir su destino.

Apenas faltaban unas semanas para el nacimiento de quien habría de heredar todo cuanto de bueno y de malo suponía pertenecer a aquella familia, y Varathorn albergaba sentimientos contrapuestos: por un lado deseaba tener a aquel niño entre sus brazos, elevarlo al cielo y mostrarlo a todos los hombres, pregonando a los cuatro vientos que aquel era Ártégorn, su heredero. Sin embargo sabía que desde su mismo nacimiento sería marcado por el infortunio que acompañaba a los suyos, y que su futuro estaría sembrado de penalidades.

En lo más profundo de su ser, Varathorn sabía que tenía que hacer algo; no podía permanecer cruzado de brazos, como tantos hombres de su casa antes que él. No, él no dejaría que la carga que ahora pesaba sobre él fuese transmitida a aquel niño inocente sin hacer algo para impedirlo. Tuvo paciencia y aguardó a estar seguro de que aquel alumbramiento no habría de malograrse, como ya sucediera en aquella primera ocasión en que su esposa quedó encinta. Era consciente de la dificultad inherente a su objetivo, y sólo se pondría en marcha para alcanzarlo cuando aquel niño hubiese roto a llorar.

—¿Lo oyes, Varathorn? —le preguntó su anciana madre, dejando la puerta de la estancia abierta tras ella—. Ese es el llanto de tu hijo, que ya ha nacido.

—Así pues, esta vez es un hecho.

La mujer no estaba segura de que aquella fuese la reacción que había esperado por parte del noble guerrero. Algo le decía que, en caso de haber sido otras las circunstancias, la felicidad habría inundado aquella casa, y la fiesta se habría prolongado hasta bien entrada la noche, pero conocía demasiado bien el tipo de pensamientos que rondaban la cabeza del único hijo que le quedaba.

—De nada te ha de servir encerrarte en ti mismo —le dijo la mujer mientras se acercaba para poner una mano sobre su hombro, procurando transmitirle algo de consuelo—. Conozco bien la naturaleza de tu pesar, pues también yo lo experimenté en su día, y aún hoy lo comparto. ¡Es mi nieto de quien estamos hablando, recuérdalo! Aún así, te digo que has de aprender a vivir con ello. Piensa que fue precisamente la certeza de que albergar ese mal en su interior lo mantendría alejado de vosotros, primero de Ártemir, y a su muerte de ti, lo que hizo que vuestro padre tuviese una vida tan

prolongada. Muy grandes eran sus padecimientos, pero mayor la llama que ardía en su interior, su negativa a dejar de luchar.

Varathorn dio unos pasos alejándose de su madre, que vio cómo su mano quedaba en el aire, desposeída del hombro sobre el que había descansado hasta ese momento.

—¿Es eso lo que propones que haga, madre? ¿Que lleve conmigo esa carga tanto tiempo como pueda, hasta que traspasarla a ese niño inocente suponga una liberación para mí?

—Verás hijo, yo sólo...

—¿Acaso no comprendes que actuar de ese modo tan sólo serviría para prolongar algo inevitable? ¿No entiendes lo absurdo de lo que me pides? ¡No, te aseguro que yo no actuaré como mi padre!

—¡Tu padre os amaba! ¿Acaso lo pones en duda?

—No, madre, jamás me atrevería a aseverar tal cosa. Tan sólo te digo que me propongo luchar; que no permaneceré inmóvil mientras esa criatura miserable se jacta de su villanía en la ciudad que nos arrebataron. ¿Acaso piensas que he permanecido impasible durante todo este tiempo de espera? ¿Crees que me he limitado a permanecer sentado, aguardando el devenir de los acontecimientos?

—¿Qué has hecho, Varathorn? Me estás asustando —dijo la madre sin poder evitar que sus ojos trasluciesen su congoja.

—He hablado con hombres que conocen las viejas historias, sabios que guardan los secretos de las cosas que fueron y ya no son; he visitado la biblioteca de esta ciudad, ¡te sorprenderías si te hablase de las maravillas que allí se ocultan! Es así como he sabido de la escalera.

—¿La escalera? ¡Ay, hijo, piensa que yo ya estoy vieja para estas cosas! Háblame claro, por favor te lo ruego.

—Sí, la escalera que parte de las proximidades de la puerta de esa ciudad maldita, que asciende a resguardo de miradas inquisitivas, se eleva y se eleva cada vez más, hasta casi poder rozar las nubes con la mano. De seguir ese camino, pronto dejaría atrás las Montañas de la Sombra, y el caminante bien podría adentrarse en Mordor, lugar inmundo y habitado por alimañas. Sin embargo, no sería ese mi destino, pues, aunque en los libros no se menciona, estoy seguro de que, dejando a tiempo esa escalera, debe haber un camino que permita acceder a Minas Morgul desde lo más alto, dando así de lado a la guardia que custodia la puerta.

—¿Me estás hablando de ir hasta allí? ¿En serio se trata de eso?

Varathorn se limitó a asentir con un gesto de su cabeza.

—Ni siquiera a tu padre se le pudo ocurrir una idea tan insensata. ¿Qué posibilidades piensas que puedes tener tú, un hombre solo, frente a las hordas de orcos, y de lo que no son orcos, que se esconden tras aquellas murallas?

—¿Quién dijo que vaya a ir solo?

Nunca fue intención de Varathorn llevar a cabo su desesperado plan sin la colaboración de otros, si bien contaba con que se tratase tan sólo de un pequeño contingente de hombres que crease una distracción, de modo que los ojos del enemigo no se centrasen en la amenaza que llegaba desde las montañas que los circundaban. Si bien las riquezas de su familia no llegaban para ser tenidos entre los más adinerados de la ciudad blanca, Varathorn estaba convencido de que bastaría para contar con un pequeño ejército de doscientos hombres, todo cuanto necesitaba para hacer algo de ruido más allá de Osgiliath.

Sus caballerizas siempre habían estado bien nutridas de buenos ejemplares, de bestias nobles que muchos señores envidiaban, pero en aquel momento no había lugar a sentimentalismos. De aquella venta, unida a la de algunas posesiones menores, el guerrero pudo hacerse con una buena bolsa de monedas, con la que sin duda podría conseguir su propósito, pese a que la manutención y contenido de un grupo de hombres tan nutrido tenía un coste elevado, como él bien sabía.

Conseguir una audiencia con Mardil Voronwë, senescal de Gondor, era la parte más sencilla de su plan. Lo complicado sería convencerle de que le permitiese partir con aquella partida de guerreros.

—Varathorn, hijo de Meladorn... No diré que me eres desconocido, aunque recuerdo mejor a tu hermano...

—Ártermir —se apresuró a decir el guerrero, ayudando al senescal a llenar sus lagunas de memoria.

—Sí, así es, Ártemir. Si mal no recuerdo, pereció junto a tantos otros en ese absurdo intento por parte del rey Earnur de recuperar Minas Ithil... hoy Morgul.

—Así es, mi señor.

A Varathorn no le había gustado el tono empleado por el hombre que ostentaba el poder en el reino a la espera de que un monarca demostrase su derecho a ocupar el trono de Gondor. Le pareció poco respetuoso para con los caídos, que después de todo habían dado sus vidas por él, entre otros.

—Piensa que yo ya era senescal en aquel entonces. De hecho, me fue concedido tal honor por el predecesor de Earnur, Eärnil II. Aquel sí era un rey con criterio, capaz de dejarse aconsejar. Earnur, sin embargo, hizo oídos sordos a mis palabras y decidió acometer una empresa que, a todas luces, estaba abocada al fracaso. Gondor no estaba

preparada entonces para tal campaña; ni entonces ni ahora, porque si no me han informado mal, lo que vienes a plantearme guarda bastante similitud con aquello de lo que te hablo, ¿me equivoco?

A aquellas alturas, Varathorn tenía claro que no contaba con una buena predisposición a satisfacer su petición por parte del regente.

—Yo no entraré a valorar la oportunidad de realizar aquel ataque en el pasado, pues la política queda fuera de mis capacidades. Después de todo no soy más que un guerrero. Sin embargo, sí puedo decirte que mi propuesta es bien diferente, pues no parte de la idea de recuperar aquella ciudad para el reino. Tan sólo se trata de realizar... cierto hostigamiento al enemigo, por denominarlo de algún modo.

Mardil recompuso su figura en el sillón que ocupaba, situado en la escalinata que daba acceso al trono, vacío desde la muerte del último rey.

—¿Y por qué querríamos nosotros hostigar al enemigo de ese modo? ¿Acaso tendríamos algo a ganar, aparte de soliviantar sus ánimos en un momento especialmente delicado para el reino? Ha pasado más de una década desde aquel entonces, y aún tratamos de recuperarnos del fuerte golpe que supuso la pérdida de nuestro bienamado rey; no veo que entrar en conflicto con el enemigo pueda beneficiarnos en modo alguno.

Uno de los consejeros del gobernante se acercó hasta él para decirle algo al oído.

—¡Ah, es cierto! Los sabios aseguran que unas criaturas pavorosas acaban de entrar en esa ciudad maldita, hermanas en la maldad del hechicero que la rige. No me parece que sea éste el momento de ponerles a prueba. Además, un ejército, por más pequeño que sea, cuesta dinero, y las arcas no están a rebosar... más bien lo contrario. Ello a pesar de esa malas lenguas que aseguran que los tributos que se exigen a quien desea habitar en esta ciudad son demasiado elevados.

Varathorn se alegró de llegar a un punto en el que contaba con una baza que jugaba a su favor.

—El coste de la tropa no debe preocuparos, mi señor Mardil, pues yo lo sufragaré.

Un rumor recorrió la sala del trono, en la que se hallaban presentes sólo un pequeño grupo de personas. Aquella mención al dinero llamó especialmente la atención de Eradan, hijo del senescal, destinado a sucederle en caso de que la ausencia de un rey se prolongase, extremo que él ansiaba.

—Eres generoso, Varathorn hijo de Meladorn, pero créeme, de todos, el del dinero es el menor de los impedimentos para que te conceda lo que me pides.

Mardil había esperado que el aspecto económico hubiese bastado para dar por zanjado el asunto, pero la inesperada propuesta del guerrero le obligaría a basar su decisión en el miedo a la reacción que pudiese provenir de quienes moraban bajo las Ephel Dúath, lo cual dejaba al senescal en evidencia frente a los buitres que se movían en torno a él, en la corte. No quería dar muestras de debilidad, pero mucho menos dar pie a que huestes de orcos, con cuyo número tan sólo podían fantasear, se presentase frente a las puertas de Minas Tirith para reclamarla del mismo modo que hicieron con la antigua Minas Ithil.

—Os lo ruego, mi señor. Estoy dispuesto a pagar el doble del coste de ese ejército, pero no me privéis de la posibilidad de verme frente a frente con el enemigo.

Mardil no dejaba de sorprenderse de la insistencia de aquel hombre, que no parecía valorar su vida, por no hablar de la esos cientos de combatientes que pensaba enviar a una muerte más que segura.

—Cuando hablas del *enemigo*, se diría que te refieres a alguien muy concreto. ¿Estoy en lo cierto?

Varathorn dudó por un instante si contestar. Sabía que no podía desvelar la verdad, pues ello supondría revelar el oscuro pasado de su familia, que ya nadie recordaba en aquella tierra.

—Es mi deseo enfrentarme a los espectros del anillo —dijo de forma tajante, haciendo que el silencio se impusiese en la sala.

Sólo aquellos que habían gozado de cierta instrucción en la historia de los reinos de los hombres conocían de la última alianza de estos con los elfos, aquella que los condujo frente a la misma puerta negra a desafiar el poder del hacedor de los anillos de poder. No eran muchos quienes conocían esa historia, y menos los que se atrevían a hacer mención a unos seres que jamás deberían haber caminado sobre la Tierra Media.

—Apuntas muy alto, no cabe duda. Hacía tiempo que esas palabras no se oían en este lugar, pues no deben ser dichas a la ligera. Desconozco los motivos que pueden haberte llevado a tomar esa decisión, o si es la locura lo que te hace dilapidar la pequeña fortuna de tu familia en pos de un imposible, pero sí puedo decirte que, al menos por lo que a mí respecta, no te habré de facilitar ese anhelo. Petición denegada.

Por unos instantes, Varathorn guardó silencio, pero cuando ya se disponían a tratar el siguiente asunto de la sesión, estalló:

—¡No, no podéis hacer eso! ¡Debéis concederme el permiso para llevar esos hombres conmigo!

Los guardias situados a ambos lados de la escalinata hubieron de interponerse entre Varathorn, fuera de sí, y el senescal, que lo miraba con espanto.

—¡Sacadlo de aquí e impídele el acceso al séptimo círculo de la ciudad! — gritaba Mardil mientras veía cómo los guardias reducían a aquel hombre, no sin grandes esfuerzos.

—¡Sí, llevadlo fuera! —gritó Eradan mientras seguía a la comitiva hasta el exterior—. ¿Cómo puede nadie atreverse a poner en entredicho las decisiones del senescal de Gondor?

La pertinaz resistencia de Varathorn llevó a que los guardias tuviesen que golpearle, dejándole sin sentido. No sabría decir cuánto tiempo permaneció en aquel estado, pero cuando despertó se encontraba en una sala que le era desconocida. Miró a su alrededor para descubrir elegantes brocados en las cortinas que impedían la excesiva entrada de luz por la ventana, y el gusto con el que habían sido elaborados los muebles que ocupaban la estancia, sin duda elaborados por artesanos venidos de tierras lejanas. El sonido de metales al entrecocar le hizo levantar la cabeza, tumbado como estaba en un lecho, para descubrir que un guardia abandonaba la habitación cerrando la puerta tras de sí. Supuso que habría estado aguardando su despertar, y ahora se disponía a comunicárselo a quienquiera que le hubiera hecho esa encomienda.

Gracias al brusco movimiento de su cabeza descubrió que esta le daba vueltas, momento en que recordó que había recibido un fuerte golpe. Al llevarse la mano a la frente palpó un vendaje que le envolvía la cabeza por completo. La puerta volvió a abrirse dando paso al hijo del senescal, acompañado por dos soldados que portaban algún pesado objeto entre sus manos.

—¡Vaya, parece que por fin has despertado! Me alegra que mis hombres sepan medir sus golpes para no ir más allá de lo que se pretende con ellos.

Eradan miró a los dos guardias, haciendo evidente que sus palabras iban cargadas de ironía. Los aludidos depositaron el paquete sobre una mesa, y a una orden de su señor salieron del aposento.

—Espero que os encontréis recuperado de vuestras heridas, pero no nos dejásteis otra salida que reduciros. Entended que no puedo permitir que el poder de mi padre en lo que a esta ciudad concierne, y a Gondor, por supuesto, sea puesto en entredicho. El gobierno de los senescales aún es cuestionado por algunas voces autorizadas en la ciudad, y no sería cosa de facilitarles la labor. Algún día me gustaría ocupar el lugar de mi padre, y para ello es preciso que la institución que representa perdure.

—Lamento haber causado problemas. No era mi intención, se trata tan sólo de...

—Se trata de que os han negado lo que tanto ansiabais, y eso ha sido superior a vuestras fuerzas. He de admitir que admiro vuestra perseverancia y coraje. No todo el mundo estaría dispuesto a emplear su dinero de ese modo.

—No es el dinero lo que más me importa en este momento, os lo aseguro. Acabo de ser padre, y haría cualquier cosa por el bienestar de mi familia, cueste lo que cueste.

—Se trata de una actitud loable, qué duda cabe, y aunque yo no termine de entenderlo, no por ello habré de cuestionaros. Es más, si os he traído hasta aquí es porque estoy dispuesto a ayudaros.

Varathorn no estaba seguro de que no hubiese una razón oculta en el proceder de su anfitrión.

—¿Ayudarme vos? No lo entiendo... ¿Acaso contravendríais las órdenes de vuestro padre, el senescal?

—Creedme si os digo que no sería necesario. Existen otros caminos, distintos de ese por el que pretendíais transitar.

—¿Otro camino a Minas Morgul?

—No, no me refiero a eso —dijo Eradan entre carcajadas, comprendiendo que se le había malinterpretado—. Si no me equivoco, todo cuanto deseáis es veros cara a cara con esas criaturas cuyo nombre no pronunciaré.

—Así es —contestó Varathorn sin tener claro dónde quería llegar Eradan.

—¿Y qué diríais si yo pudiera facilitaros tal cosa sin tan siquiera salir de esta habitación?

—Os diría que mentís.

Varathorn no se detuvo a meditar las consecuencias de sus palabras, aunque Eradan no pareció tomárselas a mal.

—Y yo os diría que estáis equivocado. Eso sí, semejante regalo... tendría un precio: el de un ejército de doscientos hombres.

Varathorn entendió entonces que desde el principio había sido el dinero lo que había movido a aquel hombre a actuar de semejante modo, con esa aparente amabilidad.

—Así que se trata tan sólo de eso, de mi dinero. Y decidme, ¿qué es lo que tenéis para ofrecerme a cambio?

Eradan extendió la mano antes de hablar:

—Primero vuestro dinero. Así funcionan las cosas aquí, en palacio.

El guerrero, que para entonces ya había abandonado la cama y se debatía en un mar de dudas, dando vueltas por la habitación, reparó en el paquete que los guardias habían dejado sobre la mesa.

—¿Qué es eso?

—Aquello por lo que estaréis pagando cuando dejéis de lado vuestras dudas infundadas.

Varathorn dirigió a su interlocutor una mirada descreída, pues no podía dar por cierto que aquel hombre pretendiese conseguir toda una bolsa de monedas de oro a cambio de algo que permanecía oculto bajo unas telas. Eradan se acercó hasta la mesa, y con un rápido movimiento retiró el cubrimiento, dejando a la vista una caja que mostraba un fino trabajo de ebanistería, con incrustaciones de piedras preciosas que refulgían a poco que la luz incidiese sobre ellas. Amatistas, rubíes, zafiros... piedras de todo tipo, tamaño y factura.

—¿Una caja? ¿Qué se supone que debo hacer yo con una caja? —preguntó Varathorn con gesto de asombro.

—No es la caja, sino lo que ella contiene. Ahora, dadme esa bolsa y podréis olvidaros de todo este asunto de una vez por todas. Tan sólo tendréis que focalizar vuestra mente en aquello que deseáis ver, y creedme que no tardaréis en tenerlo frente a vos. De hecho, desde el retorno de esos seres malignos, lo complicado es enfocar en cualquier otra dirección.

Varathorn seguía sin comprender las palabras de Eradan. Sin embargo, le pareció que no había mentira en sus palabras, y aunque no estaba convencido de estar haciendo lo correcto, finalmente le hizo entrega de la bolsa de oro que había llevado consigo hasta palacio. En caso de saberse engañado, ya encontraría el medio de resarcirse de ello. De momento, todo cuanto quería era salir de dudas, y todo parecía indicar que la respuesta se encontraba al alcance de su mano.

—Habéis tomado la decisión correcta —dijo Eradan mientras sopesaba la bolsa en su mano—. Ahora os dejaré solo con el contenido de esta caja. Lo que tenga a bien mostraros será tan sólo para vos, y no es de mi incumbencia. Eso sí, cuando hayáis terminado, os agradecería que lo pusierais en conocimiento de los guardias que

aguardan al otro lado de esa puerta. Se trata de un objeto muypreciado para mi padre, y me gustaría devolverlo a su lugar... cuanto antes.

—Pero... yo pensaba que...

—¿Qué lo habíais comprado? No existe oro, ni mithril en este mundo para pagar lo que vale, os lo aseguro. Son muchos los sabios que darían una de sus manos por poder acceder a este tesoro tan sólo por un instante, pero ahora es vuestro... al menos por unos minutos.

Diciendo esto, Eradan dejó solo a Varathorn, cada vez menos convencido de haber acertado. Observó la caja por largo tiempo antes de atreverse siquiera a tocarla. Su tacto era suave, señal de que habían trabajado sobre ella finos artesanos. Si el envoltorio le parecía ya de un valor incalculable, se preguntaba qué podría albergar en su interior. No perdió más tiempo, y tras accionar el ingenioso mecanismo que facilitaba su apertura, digno del mejor de los orfebres, dejó a la vista el contenido que hasta entonces había permanecido oculto.

Era una bola negra de apariencia vidriosa, que apenas reflejaba la luz que sobre ella incidía. Su tamaño no era mayor que el de un yelmo, pero el hecho de que hubiesen sido necesarios dos hombres para depositarla en su lugar hablaba a las claras de su peso. Varathorn jamás había visto nada semejante, y se preguntaba acerca del material del que estaba compuesta la esfera. Acercó la mano para palparla, y su fría superficie hizo que un escalofrío recorriese su cuerpo.

A tenor de las palabras de Eradan, Varathorn llegó a la conclusión de que aquel no tenía el control sobre aquella extraña bola, que debía pertenecer al tesoro de la ciudad, habiendo transgredido alguna norma al ponerla a su alcance, todo con tal de conseguir hacerse con aquella suma de dinero. Aunque en aquel momento no debían

importarle los medios por los que había llegado a aquella situación, sin embargo le daba qué pensar acerca del hombre que habría de regir el destino del reino cuando el senescal falleciese.

El recuerdo de la bolsa de oro le hizo dejar a un lado las meras contemplaciones para centrarse en aquello que lo había llevado a tan extraña situación, y tal como le había dicho Eradan, trató de centrarse en aquello que deseaba ver. Clavó su mirada en la oscura superficie de la esfera, pero no veía más que un pálido reflejo de sí mismo. Trató de concentrarse, de olvidar el lugar extraño en que se encontraba, el modo en que lo habían sacado del salón del trono, de los caballos a los que había tenido que renunciar para lograr su objetivo, y entonces sucedió.

Algo parecido a un remolino de humo surgió en el centro de la bola, adoptando extrañas formas, algunas reconocibles, otras imposibles, pero cuando Varathorn centró sus pensamientos en el ser al que quería enfrentarse, extrañas luces de color violeta comenzaron a brotar de la esfera, haciendo que las paredes de la habitación reflejasen sombras violáceas.

Por un instante tuvo la impresión de que alguien, o algo, le observaba desde el otro lado.

—¡Soy Varathorn, hijo de Meladorn, guerrero de Gondor, proveniente de la sangre de Númenor! —Nada cambió en lo mostrado por la bola, que seguía refulgiendo—. ¡Soy Varathorn, descendiente de los hombres del oeste, defensor de los campos de Pelennor y de la aguja de Ecthelion! ¿Quién se esconde ahí? ¿Acaso temes hacer frente a tu descendencia, criatura vil?

El violeta dio paso a un color azulado, cada vez más apagado, hasta que tenues luces grisáceas tomaron su lugar. De improviso, un rostro fantasmal, la efigie

deformada de lo que en otro tiempo pudo ser un hombre, ocupó la esfera al completo, casi amenazando con salir más allá de sus límites.

—¡Sois vosotros los que deberíais permanecer ocultos, hombres mortales y miserables! Reniego por siempre de la ralea de perros que heredó mi sangre, la que corrió por mis venas y se transformó en ponzoña.

Era una voz grave y sibilante, carente de vida, desprovista de toda muestra de humanidad, que destilaba odio en cada sílaba que pronunciaba. Pese a todo cuanto había hecho para llegar hasta el momento en que pudiera verse frente a frente con el origen de todos sus males, Varathorn sentía la extrema necesidad de retirar la vista, de abandonar aquella estancia, echar a correr y nunca más regresar allí. Sin embargo era incapaz de apartar los ojos de la siniestra sombra que lo escrutaba desde el interior de la esfera, sintiendo cómo hurgaba en su interior, extrayendo de él todo cuanto pudiera ser empleado en su contra, para hacerle daño.

—¡Miserable criatura! ¿Llegaste a creer que podrías hacerme frente y liberar a tu sucia progenie de una vida sin esperanza? ¡Conoce la verdad, estúpido mortal! Viniste a este mundo tan sólo para conocer el sufrimiento y trasladarlo a otros seres tan patéticos como tú. Reconoce ahora el verdadero poder, aquel que subyace allí donde los débiles jamás podrán llegar a posar el pie. Lloro y sufro como el penoso saco de piel y huesos que eres, y pena hasta la eternidad.

Un horrendo grito, agudo como ninguno otro que se hubiera dejado oír en aquel palacio brotó de la bola, de la que al momento desapareció cualquier vestigio de luz que hubiese podido partir de ella. El grito traspasó la puerta que separaba la habitación del corredor situado al otro lado, heló el corazón de los guardias allí apostados, y no se detuvo hasta haber llenado de desazón a cuantos en aquel lugar se encontraban.

Finweril acudió hasta el séptimo círculo de la ciudad, aquel situado a mayor altura, acompañada por la madre de su esposo. En sus brazos portaba a un niño recién nacido, que ignorante de cuanto acontecía en torno a él, tan sólo tenía tiempo para el llanto, o para dormir.

—¿Qué se os ofrece, mujeres? —preguntó el soldado que guardaba la puerta que daba acceso a la ciudadela.

—Hemos sabido que mi esposo se encuentra en palacio. Hemos sido hechas llamar por el mismo señor Eradan, el hijo del senescal.

El soldado echó un vistazo al niño que la más joven de las dos mujeres acomodaba en su regazo, aunque sabía que su labor no pasaba por hacer preguntas más allá de las precisas.

La pareja siguió adelante, siendo guiadas por un guardia que había recibido tal encomienda, y que las había estado esperando junto a la puerta.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué retienen a mi hijo en palacio? Tan sólo acudió a realizar una petición al senescal, nada más.

—No es mi labor contestar a preguntas, mi señora —dijo el guardia, que tampoco conocía mucho más del asunto, aunque gozaba haciendo ver que si callaba era por propia voluntad, y no por desconocimiento; le hacía sentirse importante.

En sus largos años de vida, la mayor de las mujeres había pisado aquel palacio tan sólo en contadas ocasiones, pues si bien su linaje era noble, la verdad oculta tras el mismo había hecho siempre que diesen de lado a una vida próxima a la corte, siendo considerados a menudo personas duras en el trato. Aún así, nunca antes había sido conducida hasta aquella ala, más alejada de los salones que frecuentaban los cortesanos, y el senescal por extensión.

El blanco omnipresente refulgía reflejando la luz del sol, sirviendo de contrapunto con la oscuridad que se había posado sobre el alma de quienes habían llegado hasta allí con el corazón en un puño. Hubieron de traspasar numerosas puertas, y recorrer interminables pasillos antes de hallarse frente al hombre que las había hecho llamar.

—Sed bienvenidas, señoras, a estas estancias —dijo Eradan a modo de saludo—. Quisiera que las circunstancias fuesen más propicias, pero los acontecimientos han venido así dados, y no hay nada que yo pueda hacer para enderezarlos.

—Decidme, mi señor, ¿qué ha sido de mi hijo? ¿Acaso lo retenéis en este lugar por algún motivo? Vuestros hombres nada me han querido decir, y el desconocimiento puede ser en ocasiones peor que la seguridad de un hecho nefasto.

—¿Retenerlo decís? ¡Nada más lejos de mi intención! Él es completamente libre para abandonar estos muros y retornar a su hogar, junto a vos, su esposa y su hijo. — Hasta ese momento apenas había reparado en la presencia del pequeño, y se preguntó el motivo que las había llevado a traerlo con ellas. Imaginó que era una estratagema para tratar de ablandar su duro corazón, caso de mantener detenido al hombre al que habían ido a buscar. No andaba descaminado, aunque se trataba de una baza que no precisarían jugar.

—Entonces, no entiendo cuál es el problema —dijo Finweril, que comenzaba a recuperar la esperanza perdida—. ¿Dónde está? ¿Podemos verlo?

—Por favor os lo pido. De hecho, si os he hecho llamar ha sido con el deseo de que vuestra presencia y el sonido de vuestras voces consigan aquello de que yo he sido incapaz.

Ambas mujeres intercambiaron una mirada de duda. Estaban convencidas de que Eradan tan sólo les estaba contando medias verdades, y ello no ayudaba a que mantuviesen la calma.

—¡Conducidnos hasta él, en verdad os lo pido! —imploró la madre, a la que no le importó perder la compostura propia de una dama del oeste.

—Así se hará, mi señora. Vosotros, llevad a las damas hasta ese hombre, y procuradles lo necesario para que se lo lleven con ellas.

Finweril no terminó de comprender lo que el hijo del senescal había querido decir al dirigirse de ese modo a los guardias. ¿Qué podían necesitar para llevarse a su esposo? ¿Acaso estaba impedido y no podía valerse por sí mismo? La angustia iba haciéndose hueco en su pecho, y apenas dejaba lugar para que su constreñido corazón siguiese latiendo.

Que Varanir hubiese desaparecido les importaba poco a aquellas alturas, pues todo cuanto deseaban era reencontrarse con el hombre al que había ido a buscar. Tras acceder a la estancia hasta la que fueron conducidas por los guardias de la ciudadela, no vieron nada de inmediato; estaba demasiado oscuro allí dentro, y resultaba difícil incluso atisbar la propia mano extendida frente a los ojos. La mayor de las mujeres se aprestó a retirar la pesada tela que cubría la única ventana de la habitación, dejando así que unos tenues rayos de sol se dignasen lamer aquel suelo empedrado.

Finweril fue la primera en reparar en la figura que yacía, inmóvil, en la cama con dosel que ocupaba uno de los extremos de la sala. En un principio se dijo que aquel no podía ser su esposo, el hombre vigoroso al que aquella misma mañana había visto subiendo el camino que habría de llevarlo desde el tercero hasta el séptimo anillo de la

ciudad. Aquel rostro apenas reflejaba vida, pues parecía antes el de un cadáver, pálido como la leche y desprovisto de calor.

—¡Varathorn, hijo mío, ¿qué te han hecho?!

La madre se abalanzó sobre él tratando de descubrir si aún había vida en su interior, y aunque tardó en convencerse, finalmente sintió el pulso de unos latidos casi imperceptibles, que aseveraban que aún permanecía entre aquellos que caminan sobre la tierra.

El suyo era un rictus cadavérico, pétreo y carente de expresión. Sus dedos permanecían rígidos, agarrotados, y sus ojos abiertos observaban la nada más absoluta, transmitiendo el espanto del que debían haber sido testigos de excepción.

—Esposo mío, Varathorn, ¿qué te ocurre? ¡Dime algo! Mira, he traído a nuestro hijo; se encuentra aquí, junto a ti.

Nada de lo que hacían o decían conseguía sacar al ocupante del lecho de su estado de letargo. Aquello era todo cuanto quedaba de quien en otro tiempo fuera un valeroso guerrero: un caparazón vacío, desprovisto de todo cuanto hace humano a un hombre. Finweril aún se esforzaba por hacerle reaccionar, mientras su compañera en la desesperación tan sólo podía observar al pequeño que habían depositado sobre las sábanas, que lloraba desconsolado ajeno a cuanto sucedía a su alrededor. En aquel momento fue consciente de lo que le aguardaba a aquel recién nacido, y se preguntó si no sería una pesadilla lo que provocaba su llanto.